

Mariano Picón Salas

La locura de Ernesto

CUANDO ERNESTO ERA PEQUEÑO

 CUANDO Ernesto era pequeño, su padre lo llevaba todos los Domingos a visitar a su madre que vivía recluida en el Manicomio de las monjas francesas. El Manicomio se hallaba en el campo y el viaje se hacía en coche. Ernesto—muchacho de la ciudad criado en una grave casa de médico, al cuidado de una de esas institutrices que no le enseñan al niño las historias del cielo o de las hadas para que se le forme desde temprano un cerebro sólido y no sueñe con los fantasmas—se entusiasmaba con los árboles y los verdes parajes del camino: con el galope que llevaba el coche a través de la fácil carretera; con los chalets de techos rojos que iban apareciendo como incrustados en las colinas o entre lindos bosquecillos de araucarias y magnolios. Los ojos de Ernesto veían cosas nuevas y distintas a las de su casa: a aquel salón de la consulta llenos de instrumentos médicos, de donde venían a veces quejas y gritos de los enfermos; y los pasos presurosos y los ojos atónitos de la enfermera infundían la alarma. Todo resplandecía ahora con la luz alegre del Domingo; en la cancha de una quinta rubias muchachas jugaban al tennis, pasaban animados coches de excursionistas que aprovechaban la soledad para cantar, para gritar a coro. Ernesto sentía ganas de averiguar sobre todas las cosas nuevas y extrañas que veía; miraba

a su padre sumido en el centro del coche, grave, silencioso, con su barba negra que entre el rostro pálido le comunicaba cierto aspecto de enfermedad y abandono.

Y no se atrevía a hablar. Su padre le inspiraba el temor de todos los hombres silenciosos. El hábito de verlo en la clínica como deslizándose a través de las salas de consulta: en el laboratorio horas enteras ensimismado en sus preparaciones, le hacían tener de su padre una visión fantasmagórica como si fuera un personaje de esos cuentos medrosos—que burlando la vigilancia de la institutriz había escuchado de labios de los criados. Nunca podría saber lo que su padre pensaba. Imaginaba a su padre como a un ser muy importante a quien mucha gente buscaba y que debía ser dueño de alguna ciencia oculta o de un secreto maravilloso. La gente reconocía esa superioridad cuando al verlo se tocaban el sombrero y le decían: señor Doctor. Pero Ernesto hubiera deseado que su padre fuera más accesible y familiar, semejante a otros padres que él había visto y que no debían valer tanto; semejante al padre de su vecino Paquito que todas las tardes paseaba con éste, y regresaban conversando por la calle como dos camaradas. En las caricias—en las raras caricias de su padre—notaba Ernesto que no había alegría: y le ponía la mano en la cabeza o le besaba la frente como para protegerlo de algún peligro. Los besos que se dan a las personas que ya han muerto pensaba Ernesto que serían así de tristes. Y su mente infantil intentaba explicarse el sentido de aquella frase que su padre usaba a menudo: ¡Pobre hijo mío!

Pobre, ¿por qué? Si a Ernesto lo pasearan como a los otros niños: tuviera un padre alegre como el de Paquito; le dejaran oír a gusto todas las historias maravillosas que cuentan los criados, satisficieran su curiosidad de ver y conocer todas las cosas bonitas, se sentiría contento.

Pero algo raro que no podía precisar lo separaba del mundo, de lo que podía ser el mundo para un muchacho de nueve años. Aquel gesto de piedad o de pena con que su padre lo acariciaba, también lo había visto en otras personas. Y cuando todo

reía: los árboles estaban verdes, en los jardines jugaban los niños y por la calle pasó la música del circo, Ernesto escuchaba la frase desoladora:

—¡Pobre hijo mío!

Ya se había acostumbrado y no le producía asombro el Manicomio. Su madre estaba en el pabellón de los enfermos tranquilos y casi entretenía a Ernesto el paseo por aquellos corredores donde los locos con sus gruesas blusas de cotona, tendidos en las sillas de brazos tomando el sol, se ocupaban en tareas simples e ilógicas como juegos de niños. Uno dibujaba en un papel las figuras más inverosímiles; una mujer intentaba sujetarse los pocos cabellos de su rapada cabellera con papeletos de color que untaba en saliva; otro pretendía ser el Coronel de un extraño regimiento de locos que escuchaban atónitos sus órdenes militares. Recorría nerviosamente—como un jefe que inspecciona su tropa—un ala del corredor: los locos estaban sentados como soldados que esperan órdenes; él se cuadraba en medio, se alusaba los bigotes, se llevaba la mano a la cabeza como para tocar una visera imaginaria y lanzaba ante la indiferencia de los locos las voces de mando:

—Alto. Frente.

—Alaíz... Aladé... March...

Entre los locos había un joven rubio, pálido, como de veinticinco años, que se prestaba a ser el Ayudante de campo del extraño Coronel. Diríase que su debilidad buscaba amparo junto a aquel hombre velludo, fuerte, de voz marcial que era el otro loco. Paseaban juntos por el largo corredor como dos soldados que tienen que contarse la vida del cuartel y las peripecias de la campaña. Y era como una especie de intermediario entre el «Coronel» y su tropa. A veces cuando el «Coronel» no estaba presente se deslizaba entre las filas de locos y en voz baja, como contando un secreto o dando un consejo, les decía frases como estas:

—Hoy pasará revista el Coronel.

—Estad listos porque salimos para N.

—Sargento López: comparezca esta noche a la Comandancia.

A una de las monjas, a la buena y gorda Madre Soledad, la llamaba la Cantinera de la V Compañía. Y la madre Soledad se persignaba asustada, porque la idea de la cantina trae consigo otras malas ideas.

En el fondo del corredor, desdeñosa de la compañía de los demás locos estaba la madre de Ernesto. Su idea fija de entonces era que le iba a nacer un hijo y la sugestión le hacía sentir los dolores y las náuseas del embarazo. Negábase a comer algunos alimentos porque le harían daño a la criatura, y no quería moverse del mecedor temerosa de una caída. El patio se le antojaba lleno de escalones donde tropezaría: bordaba la canastilla del hijo en cuyas camisas—las camisas más disparatadas que cabe imaginar—había marcado con hilo rojo el nombre que tendría el pequeño. Era uno de esos nombres extraños leídos en las novelas—Agenor, Gualterio—desfigurados por la reminiscencia y aumentados o recortados de sílabas. La suelta imaginación de los locos forma así palabras: personaliza con ellas seres imaginarios y las repite insistentemente como palabras de cábala. La llegada de su marido era para ella la del médico que la venía asistir, y sin poder reanimar en aquel cuerpo amado ningún recuerdo, el padre de Ernesto sometíase a la tortura de ser el personaje de una dolorosa comedia. En vano él le mostraba a Ernesto que todo agazapado y medroso escuchaba el diálogo sentado en las faldas de una enfermera; le hablaba de la casa, de cómo progresaba Ernesto; intentaba descorrer en aquella mente oscurecida el velo de un recuerdo. Ella no recordaba ni comprendía nada. Escuchaba las palabras de su marido como si fueran dichas en un idioma distinto. Para ella el «hijo», era el que iba nacer; el que esperaban sus anhelosas entrañas. Y con la incoherencia de los locos pedía al médico—al médico que venía a asistirla—más hilo para la interminable canastilla...

Al volver a la ciudad ya había cambiado el luminoso paisaje matinal que tanto alegraba a Ernesto. Oscurecía, y las sombras del atardecer vestían las cosas de meditación y fatiga. Los árboles parecían reposar: y de la floresta venía la música desacompasada y monótona de los grillos. Los paseantes que regresaban de su paseo al campo ya no cantaban las jubilosas canciones de la mañana: habían bailado, bebido o comido en abundancia: ahora se sentían tristes, el crepúsculo les hacía recordar y de los coches salían canciones melancólicas, con largas pausas entre las estrofas, que se perdían dolientemente entre los sauces oscuros.

Ernesto miraba a su padre y ahora que nada luminoso ni alegre le distraía podía mirarlo mejor. Ya no eran un enigma para él el rostro pálido ni el carácter de su padre. Coordinaba hechos, conversaciones oídas a los criados y a las personas extrañas; las relacionaba con lo que había visto, y todo lo comprendía.

En la noche medrosa en que las almas se buscan para acompañarse en la soledad, se entienden mejor los hechos pasados, se teme al porvenir incierto y oscuro como la noche, ¡cómo tenía sentido la frase con que su padre le acariciaba!

—Pobre hijo mío...

EL ÚLTIMO JUGUETE

En aquella edad, entre los trece y los catorce años, Ernesto se presentó ante nosotros con su último juguete. Era un violín cuidadosamente guardado en su caja pulimentada, al que no le faltaba ni la barrita de pez griega para frotar las cerdas del arco. Todos nosotros habíamos tenido diversos juguetes: taller-citos de ebanistería ante los que pensamos dedicarnos a las artes manuales; imprentitas de mano con las que quisimos editar un minúsculo periódico, ferrocarriles que andaban por entre una complicada red de rieles de hojalata y ascendían por frágiles viaductos que ponían a prueba nuestro ingenio y nuestra pericia mecánica. Así cada juguete despertaba en nosotros una afición

nueva: nos ponía en contacto con nuevas formas de la vida; tomábamos en serio nuestra flamante profesión que a los ocho días era sustituida por otra. Y en una vieja alacena de la casa se iban almacenando la bicicleta rota, y el convoy con las ruedas torcidas, y aquel inocente oso al que el hermanito menor le había sacado los ojos. Variables como el mundo odiábamos hoy lo que amamos ayer, y no existía un objeto suficientemente hermoso y suficientemente interesante que mantuviera nuestra curiosidad todo el tiempo. Destruíamos para conocer aquel mundo escondido que alimenta las cuerdas de los juguetes: el casquillo de imán que movía las figuras y aquel botoncito mágico que al oprimirse hacía parpadear a la muñeca como a una niña viva. Nos decían salvajes, y vándalos, y aficionados a destruir, y no comprendían que un instinto más alto—el de conocer y comprender todo—era el que ya obraba en nosotros. La tentación del árbol de la ciencia, por la que abandonaríamos la inconsciente felicidad y la ignorante llenura de todos los paraísos.

Así el violín de Ernesto sería un juguete más condenado a olvidarse y a perecer como la bicicleta, la imprenta y el álbum de estampillas. Nos daba ya lástima por la hermosa caja que dentro de unos días veríamos con las bisagras desprendidas: por el fino arco que pronto estaría roto y por el noble violín que de tan alta calidad acaso descendería a villano tambor de alguna exaltada e impía turba infantil.

Pero Ernesto mostraba por su violín un interés que no estábamos acostumbrados a verle por ningún otro juguete. Ernesto había sido hasta entonces uno de esos muchachos sobre quienes es imposible vaticinar su destino. Le llamábamos el muchacho sonámbulo porque siempre asistía a nuestros juegos como distraído y soñoliento: nada parecía interesarle. Cuando se discutía acaloradamente acerca de la última partida de barra o de balón, él estaba silencioso sin definir sus simpatías por ningún grupo. No tuviera unos dulces ojos azules ni inspirara la piedad de su madre enferma y reclusa por siempre en un manicomio, y ya nuestra violencia hubiera estallado contra aquel niño tímido que siempre parecía escuchar y no decía nada. En las clases

no descollaba: su pequeña figura se perdía entre la larga hilera de bancos en que se sientan tantos alumnos mediocres y vestidos de un mismo modo. Apenas su voz se notaba cuando al pasar lista, se ponía de pie, se quitaba la gorra y respondía pre-sen-te.

Ahora aquel violín que le veíamos a todas horas, que trataba con tanto cuidado, nos hacía pensar si en vez de su último juguete no sería su primer objeto serio.

Y parecía que todos nosotros estuviéramos esperando o presintiendo algo tan maravilloso como el violín de Ernesto. Porque con la edad— dije que estábamos entre los trece y los catorce años—nos habían venido pensamientos y deseos extraños: ya no nos bastaba el juego de barra y soñábamos con cosas tan imposibles como escribir una novela, explorar algunas islas desiertas que debe haber en el Océano Pacífico o enamorarnos de María Beatriz, la muchacha más linda del pueblo a quien veíamos los Domingos en misa de once. Este último era el deseo más unánime. Tenía varios adoradores que se miraban entre sí como fieras. En los folletines franceses habíamos aprendido el significado de la palabra «rival» y nosotros éramos «rivales». Es una palabra que trae siempre la idea de duelos y matanzas o cuando menos de puñetazos. ¡Qué cosa más seria y más notable tener un rival! No se puede salir a la calle a ciertas horas: hay que andar con precaución; se nos espía y es preciso resolver este grave problema económico de comprar una pistola. Mutuamente y valiéndonos de terceros averiguamos lo que cada uno hace: sabemos que Francisco se ha hecho amigo de Lucila para acercarse por intermedio de ésta a María Beatriz; Carlos posee un ejemplar del «Lenguaje de las Flores» que es indispensable a los enamorados; Felipe intenta hacer versos. Felipe que hasta ayer era un fornido muchacho criado en una hacienda, fuerte para el trapecio y el balón, rehacio a la Ortografía, cerrado a la Gramática; ¡escribiendo versos! Diríase un elefante bailando cuadrilla. Tales burlas gastan el amor y la alocada adolescencia.

Estas cosas vagas tuvieron su idioma en el violín de Ernesto

quien recogía para nosotros las músicas que andan por la calle: los románticos y lentos valeses «Tesoro Mío», «Danubio Azul», que finas señoritas tocan al piano en las casas burguesas; o simples juegos de cuerdas desprovistos de toda lógica y engarce musical, vagos e inasibles. Combinaciones que se forman por acaso: sólo se oyen una vez y traducen un estado de alma; salen del fondo de la caja tan naturalmente como un suspiro o una carcajada. Y a veces el violín parece que nos hiciera cosquillas. O bajo el arco torpe que tropieza es un viejo caduco y friolento que está estornudando. O las cuerdas desafinadas producen un ruido semejante al cigarrón con que espantábamos a don Buenaventura, el viejo bedel del colegio:

Rum... rum...

Como un maestro, Ernesto está en medio de los muchachos atónitos. De tiempo en tiempo siente la necesidad de descansar: el arco está muy duro, es preciso ablandarlo, frota las cerdas con la providencial barrita de pez griega que lleva en los bolsillos.

El patio de juegos está casi solitario. Hemos emigrado las personas serias, las que constituíamos la «Liga de Deportes» y ahora nos dedicamos al arte; y sólo se ven pequeños grupos de mocosos, de entremetidos mocosos de los cursos inferiores, que quieren remedar impotentemente nuestras «barras» y nuestros «balones».

EN LA ROJA ADOLESCENCIA

En la roja adolescencia los muchachos que habíamos salido del colegio, nos reuníamos todas las noches en la plaza, a comunicarnos los inauditos descubrimientos que hacíamos en el arte y en la vida. Ya se nos presentaba la Vida como una doncella hermosa y ardiente: ya se abrían nuestros sentidos para gustarla y caminábamos ahora como por un mundo maravilloso de sensaciones e ideas desconocidas. Abrazábamos en una misma pasión a la virgen y a la prostituta: todas eran formas, bellas y ágiles formas que resplandecían bajo el sol; del árbol

de la vida como de un encantado árbol de las Mil y una noches pendían frutos de todos colores y nos nacían sentidos nuevos, habilidades insospechadas, ambiciones tan bastas que nos ahogaban. Era estrecho el cuerpo para soportar tanta fuerza: diríase que se había perdido el fuego del mundo y nosotros lo llevábamos. Eran los adolescentes confiados y audaces que iban a incendiar el mundo.

Nos internábamos en la selva confusa de las literaturas exóticas: tratábamos de tú a los genios; tirábamos de la barba a los viejos maestros y en todo quedaba el desorden de un campo devastado. Anduvimos siglos en un día. Como Fausto—pero con más razón que Fausto porque estábamos jóvenes—pedíamos la vida, la vida total: la que rueda en este presente vertiginoso y la que hincha los vientres del porvenir. Eran como un delirio, como una orgía de locos aquellas conversaciones en que se habla de todo y febrilmente. Los primeros cigarrillos nos excitan; tropiezan en nuestra boca los proyectos, vamos de la Historia Universal al Arte Moderno y del Arte Moderno a los ojos grandes y a la cintura cimbreante y a todas las delicias que ondulan y se quiebran en el cuerpo de aquella muchacha que nos mira desde un balcón. Somos ángeles y demonios: los sueños nos suspenden hasta sitios tan altos donde ya sólo reinan la pureza y la paz: es el espíritu espiritualizado; la llama desprendida del vaso, pero caímos pronto porque nos provocó el racimo de uvas que comía el sátiro; por sus barbas chorreaba la miel; en su flauta cantaba turbadoras canciones y en los hombros le quedó engarzado un oloroso cabello de mujer.

Cada quien contaba sus visiones y hasta sus alucinaciones: y lo raro, lo extraordinario, la constante disposición de la aventura era allí lo normal. También en nuestro grupo se detenía Ernesto, pero este muchacho crecido solo, de labios pálidos para gustar los rojos frutos del mundo, ya tenía su vida interior nebulosa, donde nos extraviaríamos como en un paisaje de invierno. Diríase que la vida, la vida que a nosotros nos enardecía y nos hacía andar, a él lo hubiera fulminado y lo dejara como el que cayó con el cuerpo rendido, la barba restregándose en

el polvo y los grandes ojos abiertos sobre el camino. Ahora inclinaba más los oídos para escuchar las músicas misteriosas que le venían del fondo de la tierra, y todo su cuerpo se movía como balanceado y doblegado de música. ¡Qué conversaciones más extrañas! Usaba un lenguaje que parecía haberlo aprendido en los cuentistas medrosos, en los fantasmagóricos románticos del siglo pasado. Como en ellos las cosas tenían espíritu: vivían una vida aparte de los seres; una sutileza enfermiza le hacía descubrir afinidades y correspondencias entre los objetos más diversos. Para nosotros, muchachos más sensuales, más apegados a la realidad, esta actitud de Ernesto nos parecía el efecto de una temprana y confusa saturación literaria, de una contemplación exagerada o cualquiera de esas perturbaciones que producen en el adolescente el excesivo estudio, la falta de ejercicios o la castidad que se rebela. Le mirábamos con esa piedad que inspiran los niños precoces o las personas turbadas. Alguno le preguntaba por qué estaba tan pálido. Y queríamos leer en su rostro el proceso de algo que venía fatal como la muerte, regular e implacable como la vida.

Cuando fuimos a realizar esos proyectos de la adolescencia—fundar un grupo, propagar una teoría—alguien habló de Ernesto. Se le reconocían grandes cualidades. Pero otro dijo como si leyera en el porvenir:

—Acaso Ernesto no pueda.

Y todos quedamos pensativos.

LA LOCURA DE ERNESTO

Se me esclarece ahora la locura de Ernesto. De pronto, como si temiera que ya le llegara y lo iba a sorprender delante de nosotros y a darnos el espectáculo de su vencimiento, proyectó un viaje y fué uno de los pocos proyectos que realizó este espíritu tornadizo. Mucho nos preocupaban entonces nuestros asuntos: nuestros estudios universitarios, la fundación de un periódico que iba a ser órgano del grupo y la conclusión de la novela de Francisco en que estaban concretados los sueños

y aspiraciones de nuestra generación, para darle toda la importancia que merecía, al viaje de Ernesto. Así, hubo pocos compañeros en la Estación el día de la partida, y éstos en vez de interesarse por su salud le hacían excéntricas recomendaciones.

Más que Ernesto mismo nos interesaba en ese momento lo que Ernesto iba a ver. Le comprometíamos a escribirnos, a contarnos todo. Resignábamos en él todos nuestros sueños y ambiciones que no podía viajar.

Ernesto vacilaba como aquel en que se pusieron muchas esperanzas y no puede cumplirlas. A todos nuestros encargos respondía con un «sí» débil. Pero esto no lo notábamos nosotros entonces. Ernesto siempre tuvo este temperamento apagado. Difería tanto de los otros muchachos bulliciosos. Hablaba por su violín. Y cuando no hablaba, parecía estar recogiendo músicas que sólo a él eran perceptibles.

Precisamente—pensábamos nosotros—a Ernesto le convenía el viaje. Su talento pecaba por timidez. Era de esas personas que necesitan esperar que otras las revelen. Europa le enseñaría a valerse por sí mismo, a ser audaz. Y el tiempo nos devolvería un Ernesto hecho hombre, con la cara tostada por la nieve de otros inviernos, con la frente y los ojos serenos del que encontró para su vida los pensamientos definitivos.

Entre buenos votos de éxitos y triunfos le dejamos en aquel tren como quien abandona una cosa al destino. Quien sabe cómo le irá. Los días obrarán por sí mismos y lo llevarán al través de verdes campiñas o de túneles negros.

Pero no se lanza un inexperto muchacho al tumulto de la gran ciudad. Allí le harán falta los familiares cuidados que hasta ahora han conseguido que se mantenga como una planta demasiado inerme: han alejado los gérmenes morbosos, lo rodeaban y defendían contra las sombras. Cuidados que van desde la compostura de una camisa hasta la cariñosa reconvencción la noche que llegó tarde. En la ciudad lejana se le ofrece libre y

a sus anchas el reino de los sueños. Puede pensar lo que se le antoje. Realizar los proyectos más absurdos. Perderse una semana del hotel y aparecer una noche con el rostro pálido, el traje ajado, los pasos inciertos, como si viniera de algún grave suceso. Seguir a una mujer—a una misteriosa mujer— al través de confusas callejas donde viven gentes de mala vida, aventureros y apaches: leyó la novela romántica que todo hombre sueña en los ojos de aquella mujer; le interesó por algún detalle de su cuerpo—por el kool que llevaba en los ojos, porque se parecía a una pintura antigua, porque le sugería qué de cosas alucinantes,—y se entregó a una pasión disparatada y febril por aquella mujer. Nos escribía largas cartas deshilvanadas en que latía la enfermiza pasión de los alucinados y los insomnes: la angustia de una fría noche de invierno en que se regresó tarde a la casa; se bebió te en abundancia, se reanimó la yerta voluntad con un vaso de aguardiente, se le preguntó una dirección al vigilante nocturno que velaba junto al fuego; se entró a un cabaret delirante a esa hora de la madrugada; sin saber qué hacer, sin voluntad para hacer regresó a la casa y se puso a escribir. En la mañana, cuando la criada entraba el café, estaba calenturiento. Dormía toda la mañana. ¡Qué extraño el despertar a medio día con la cabeza pesada y los ojos encendidos: ante las personas y las cosas tan animadas a esa hora; la gente que almuerza y habla en el comedor y lee los periódicos, el bullicio que hay en la calle, los grandes sucesos del día que vocean los vendedores de periódicos. Se es un ser bajado de la Luna.

A veces una luz de esperanza, un sueño de vida tranquila, de arte puro y casto como el de un monje contemplativo de la Edad Media animaba sus cartas: «Vive en este hotel una dulce muchacha que me estimula como una hermana. Ante ella todas mis malas pasiones se encauzan y me dan ganas de trabajar, y constituye mi ideal artístico, no nuestro tempestuoso y sombrío arte moderno, sino el de los sencillos maestros cantores de la vieja ciudad de Nüremberg. Sería un vecino que pagaba la contribución; tendría mi taller en los portales, cerca de una iglesia

y habría compuesto en mis ratos de ocio una misa para que se ejecutara el día de mi entierro. También un lied que tenía como tema «la rosa y el caballero».

Pero eran efímeras sugerencias de un momento estos buenos deseos. Y volvía la lucha del alma rendida, desesperada y jadeante contra el destino.

Es domingo. Ha vuelto a la casa de locos. También en este manicomio de una ciudad extranjera los locos se agruparán en pabellones. Y habrá un «Coronel» que pasará revista a su regimiento de hombres rasurados, que toman el sol tendidos en las sillas de brazos. Llevan camisas largas como los niños, sólo que más fuertes. Hacen muecas como los niños. A veces se quedan dormidos y sólo los pasos de un loco, del «Coronel» resuenan en el corredor. El «Coronel» no duerme. Como buen soldado hace guardia. Otra vez una monja gorda, la madre Soledad, la «Cantinerera» —como la llama el Coronel— pasa rozando sobre el pavimento sus hábitos almidonados. Cada hora suena una campana.

Él es un loco tranquilo. Le basta su papel de música fijo sobre los ojos. Su imaginación llena de notas los pentágramas vacíos. Silba muy quedo. Antes le prestaban un violín, pero los locos se congregaban a su lado: reían, gritaban, y uno se abalanzó a quitárselo y a blandirlo contra la cabeza de otro. Desde entonces —¡se aprende tanto en estas casas!— él aprendió a simular un violín con los brazos; el derecho es el arco, el izquierdo la caja. Contra su camisa frota la mano derecha como para ablandarla con pez. Y tiene sus conciertos largos, insistentes, de toda la tarde, hasta que oscurece y una gran sombra se acuesta en el centro del patio y se empiezan a cerrar unas puertas y a abrir otras; y la madre Soledad pasa haciendo tintinear su mazo de llaves y viene el olor de la comida, y las celdas cerradas toda la tarde se han abierto, y se han precipitado so-

bre el corredor e invitan hondas, frescas, oscuras como nichos. La noche es pacífica en esta casa tan grande, lejos de la ciudad. A veces un grito de mujer que recorrió desgarrado los pasadizos oscuros. Pero ya viene la enfermera con la medicina bromurada. Se enciende una luz, se apaga. Después el silencio. El ruido de la brisa entre los árboles, la delgada respiración de la noche.